



ARQUIDIÓCESIS DE MANIZALES VICARÍA DE PASTORAL PLAN DE PASTORAL 2015 – 2020

8. EL PROCESO EVANGELIZADOR

Sobre la iniciación cristiana y su renovación se viene hablando y trabajando en la Iglesia desde hace muchos años, incluso puede decirse que desde antes del Concilio Vaticano II. El Directorio General para la Catequesis (1997) recoge toda esa riqueza conciliar y posconciliar, y la misma investigación y práctica renovada de la catequesis.

La iniciación cristiana es el proceso de inserción y participación de una persona en el Misterio Pascual de Cristo y en la Iglesia. La iniciación cristiana es un don de Dios que recibe la persona por la mediación de la Iglesia. Supone y exige también la libre decisión de la persona de convertirse a Dios y la opción de seguir a Cristo en su Iglesia.

El proceso evangelizador está estructurado en etapas o momentos esenciales¹, a saber: la acción misionera, la acción catequético-iniciatoria y la acción pastoral. Cada una con sus destinatarios específicos: la acción misionera para los no creyentes y los que viven en la indiferencia religiosa; la acción catequético-iniciatoria para los que optan por el Evangelio, para los que necesitan completar o reestructurar su iniciación; la acción pastoral para los fieles cristianos ya maduros, en el seno de la comunidad cristiana².

La característica fundamental de este proceso es que estos momentos no son etapas cerradas sino que se reiteran siempre que sea necesario, ya que tratan de dar el alimento evangélico más adecuado al crecimiento espiritual de cada persona o de la misma comunidad (DGC. 49).

En la práctica, la iniciación cristiana pide que se haga en la comunidad, desde la comunidad y en comunidad. Nada sin comunidad, se afirma en el documento de Orientaciones Comunes para la Catequesis en Colombia. Y esto significa que debe quedar claro para todos, tanto para quienes la solicitan, como para quienes acompañan, que la comunidad no solo es el vientre materno donde se realiza la iniciación cristiana, sino que además la meta de la iniciación cristiana es la plena, madura y libre adhesión a la comunidad.

Nuestra práctica de hacer cristianos debe superar el esquema escolar de cursos y de lecciones. Y ello, porque el catecumenado no es un cursillo ni aprendizaje de un libro y no se debe caer en la tentación de convertirlo en un tiempo de enseñanza o transmisión de conocimiento, pues eso sería desnaturalizarlo. La catequesis debe superar el esquema sacramentalista, el esquema nocional (información) y el esquema uniforme y homogéneo. Es claro que, a sujetos heterogéneos, procesos heterogéneos, abiertos y flexibles. El reto es hacer de la catequesis un lugar de familiarización y de inmersión progresiva en la vivencia cristiana integral, lo cual va más allá de la estructuración en temas y del cumplimiento de determinados programas.

¹ CT., 18.

² Cf., AG., 6f; RM., 33 y 48.

Nosotros estamos acostumbrados a ofrecer cursos y lecciones uniformes y homogéneas a todos, como si todos se encontraran en la misma situación frente a Jesús y su proyecto del Reino, frente a la Iglesia y su propuesta. Por ello, a todos les ofrecemos y le exigimos lo mismo. No contamos, con itinerarios graduales y diversificados de apropiación libre y de crecimiento en el don de la fe. Fácilmente olvidamos que “el itinerario formativo del seguidor de Jesús hunde sus raíces en la naturaleza dinámica de la persona y en la invitación personal de Jesucristo, que llama a los suyos por su nombre, y éstos lo siguen porque conocen su voz” (DA 271).

Para superar ello, y consciente de la dinámica gradual personal y comunitaria del proceso de formación del discípulo, es necesario atender con más cuidado las etapas del primer anuncio, la iniciación cristiana y la maduración en la fe (DA mensaje final 3).

Hoy día en la pedagogía de la fe es común hablar de itinerarios. Con todo y la novedad de la palabra, detrás de ella, en muchos casos, aún se conserva la mentalidad de curso, de lección y de programa. Por eso es importante tener claro qué se entiende por itinerarios y procesos de iniciación cristiana.

El documento final de Aparecida dedica toda la sexta parte de sus conclusiones a reflexionar en el itinerario formativo de los discípulos misioneros, pensado y estructurado desde la perspectiva trinitaria del encuentro con Jesucristo. Con ello se trata de recuperar lo más original de la experiencia cristiana. Pues el acontecimiento de Cristo, es el inicio de ese sujeto nuevo que se llama discípulo.³⁹ En su reflexión, Aparecida llama la atención sobre la importancia de distinguir entre itinerario y proceso, pero también de entenderlos de modo coordinado, al pedir una formación que requiere itinerarios diversificados, respetuosos de los procesos personales y de los ritmos comunitarios, continuos y graduales (DA 281).

Cuando se habla de elaborar itinerarios catequéticos se hace referencia al conjunto de objetivos, etapas, momentos, para que una persona pueda llegar de un punto de partida o de comienzo a uno de llegada, en relación con sus procesos de maduración y transformación personal. De ahí que todo itinerario catequético tiene que ser tomado como algo indicativo o sugerente de acuerdo con la realidad de cada persona que comienza a recorrer el camino.

La expresión “proceso de evangelización” es hoy de uso común en la Iglesia, gracias al documento a *Ad gentes* del Concilio Vaticano II y, en nuestros días, al Directorio General para la Catequesis (1997). Según esto, señala el Directorio, “hemos de concebir la evangelización como el proceso, por el que la Iglesia, movida por el Espíritu Santo, anuncia y difunde el Evangelio en todo el mundo, de tal modo que ella: a) impulsada por la caridad, impregna y transforma todo el orden temporal, asumiendo y renovando las culturas; b) da testimonio entre los pueblos de la nueva manera de ser y de vivir que caracteriza a los cristianos; c) proclama explícitamente el Evangelio, mediante el primer anuncio, llamando a la conversión; d) inicia en la fe y vida cristiana, mediante la catequesis y los sacramentos de iniciación, a los que se convierten a Jesucristo, o a los que reemprenden el camino de su seguimiento, incorporando a unos y reconduciendo a otros a la comunidad cristiana; e) alimenta constantemente el don de la comunión en los fieles mediante la educación permanente en la fe (homilía, otras formas del ministerio de la palabra), los sacramentos y el ejercicio de la caridad; f) suscita continuamente la misión, al enviar a todos los discípulos de Cristo a anunciar el Evangelio, con palabras y obras, por todo el mundo” (DGC 48).

1. ACCIÓN MISIONERA

Propósitos: Despertar Suscitar La fe – conversión. Convocatoria y llamada a la fe. Es la función que más inmediatamente se desprende del mandato misionero de Jesús. Se realiza mediante el “primer anuncio”.

Del desinterés, al interés por el Evangelio, a la conversión. El interés por el Evangelio necesita un tiempo de búsqueda para poder llegar a ser una opción firme. La decisión por la fe debe ser sopesada y madurada. Esa búsqueda, impulsada por la acción del Espíritu Santo y el anuncio del kerigma, prepara la conversión, que será —ciertamente— “inicial”, pero que lleva consigo la adhesión a Jesucristo y la voluntad de caminar en su seguimiento. Sobre esta “opción fundamental” descansa toda la vida cristiana del discípulo del Señor.

“En el ministerio de la palabra, la función del primer anuncio tiene el carácter de llamar a la fe; la catequesis el de fundamentar la conversión, estructurando básicamente la vida cristiana; y la educación permanente de la fe, el carácter de ser el alimento constante que todo organismo adulto necesita para vivir”.

“El primer anuncio se dirige a los no creyentes y a los que, de hecho, viven en la indiferencia religiosa. Asume la función de anunciar el Evangelio y llamar a la conversión. El primer anuncio, que todo cristiano está llamado a realizar, participa del ‘id’ que Jesús propuso a sus discípulos: implica, por tanto, salir, adelantarse, proponer”.

2. ACCIÓN CATEQUÉTICA

Propósitos: Estructurar, Fundamentar, Colocar las bases de la primera adhesión. Explicitar y profundizar en el kerigma inicial. Aquel que, movido por la gracia, decide seguir a Jesucristo es “introducido en la vida de la fe, de la liturgia y de la caridad del Pueblo de Dios”.

La entrega a Jesucristo genera en los creyentes el deseo de conocerle más profundamente y de identificarse con Él. La catequesis les inicia en el conocimiento de la fe y en el aprendizaje de la vida cristiana, favoreciendo un camino espiritual que provoca un “cambio progresivo de actitudes y costumbres”, hecho de renunciaciones y de luchas, y también de gozos que Dios concede sin medida. El discípulo de Jesucristo es ya apto, entonces, para realizar una viva, explícita y operante profesión de fe.

“La catequesis, promueve y hace madurar esta conversión inicial, educando en la fe al convertido e incorporándolo a la comunidad cristiana. La catequesis, parte de la condición que el mismo Jesús indicó, ‘el que crea’, el que se convierta, el que se decida”. “La catequesis de iniciación pone las bases de la vida cristiana en los seguidores de Jesús”.

3. ACCIÓN PASTORAL

Propósitos: Alimentar y profundizar de modo permanente el don de la comunión y de la misión. La educación permanente de la fe. Se dirige a los cristianos ya iniciados en los elementos básicos, que necesitan alimentar y madurar constantemente su fe a lo largo de toda la vida.

El camino hacia la perfección. Esa madurez básica, de la que brota la profesión de fe, no es el punto final en el proceso permanente de la conversión. La profesión de fe bautismal se sitúa en los cimientos de un edificio espiritual destinado a crecer. El bautizado, impulsado siempre por el Espíritu, alimentado por los sacramentos, la oración y el ejercicio de la caridad, y ayudado por las

múltiples formas de educación permanente de la fe, busca hacer suyo el deseo de Cristo: “Vosotros sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”. Es la llamada a la plenitud que se dirige a todo bautizado.

“La educación permanente de la fe es posterior a su educación básica y la supone”. “La educación permanente de la fe se dirige no sólo a cada cristiano, para acompañarle en su camino hacia la santidad, sino también a la comunidad cristiana como tal, para que vaya madurando tanto en su vida interna de amor a Dios y de amor fraterno, cuanto en su apertura al mundo como comunidad misionera”. “Se dirige a los cristianos iniciados en los elementos básicos, que necesitan alimentar y madurar constantemente su fe a lo largo de toda la vida”.

“La catequesis de iniciación es, así, el eslabón necesario entre la acción misionera, que llama a la fe, y la acción pastoral, que alimenta constantemente a la comunidad cristiana. No es, por tanto, una acción facultativa, sino una acción básica y fundamental en la construcción tanto de la personalidad del discípulo como de la comunidad. Sin ella la acción misionera no tendría continuidad y sería infecunda. Sin ella la acción pastoral no tendría raíces y sería superficial y confusa: cualquier tormenta desmoronaría todo el edificio”.

PARA REFLEXIONAR:

¿El Proceso Evangelizador que se lleva en su Parroquia de acuerdo al tema presentado sabe usted si se viven los momentos o acciones en el orden que lo contemplan los documentos de la Iglesia como itinerario para hacer discípulos del Señor?

¿En qué momento o acción del Proceso Evangelizador habría que hacer más énfasis en su comunidad parroquial?

TEMA 8. COMUNIDAD DE TALLA HUMANA

La Parroquia, comunidad de hombres y mujeres.

La Parroquia es una comunidad integrada por personas que se agrupan y cohesionan por lazos de fe. Pero, además de la fe, que es el factor específico, dicha "comunidad" se caracteriza también por los rasgos propios de un grupo humano. Queramos o no, los factores psicoafectivos, emocionales, sociales, etc. están presentes en las relaciones de la vida parroquial. De ahí que la dimensión teológico- espiritual de la parroquia en nada se contrapone con los rasgos propios de la dimensión humana de todo grupo. Al igual que la Iglesia es "a la vez, humana y divina, visible y dotada de elementos visibles"¹¹⁵, la parroquia también es una comunidad humana, integrada por hombres y mujeres de distintas edades, condiciones sociales y cultura, es decir, constituida por las distintas "diversidades humanas que en ella se encuentran"¹¹⁶. El factor humano, pues, es un condicionante que configura la comunidad parroquial, siendo, por tanto, un aspecto a tener en cuenta en la actividad pastoral y en la revitalización de la parroquia.

En este sentido, es normal que en el seno de la parroquia afloren valores y contravalores respecto a las relaciones personales. Al definir la parroquia como "comunidad de talla humana", estamos resaltando y valorando, como definitorio de la misma, su perfil antropológico y social, la cercanía de los miembros entre sí, la fluidez en la comunicación, la aceptación o rechazo entre sus integrantes, etc. Se trata de un universo en el que, paradójicamente, se mezclan los signos de comunión y unidad (v.g. celebración de la Eucaristía) y las actitudes de distanciamiento, desconocimiento y hasta desafectos de unos respecto a otros. ¿Cómo no ser conscientes de tal realidad y asumirla como variable a modificar, si hiciera falta, en orden a renovar la vida de la parroquia? Un avance de respuesta a tal situación consiste en facilitar la relación personal en el gran grupo, que es la parroquia.

115 SC 2.

116 DGC 257.

El Sínodo sobre la catequesis (1977) resaltó la importancia de las pequeñas comunidades eclesiales de talla humana. Decía: "En ellas, los cristianos se experimentan insertos en la Iglesia de modo no anónimo: son grupos de talla humana en los que la educación de la fe es persuasión personal; se comparte la propia fe con otros...; se educa en el ejercicio del amor fraterno...; es posible una más intensa actividad y creatividad..."¹¹⁷. Los Padres sinodales ponían de relieve que los valores humanos y sociales de la comunicación, el diálogo, la cercanía personal, etc. son enriquecedores para la misma comunidad parroquial, ya que la fe -factor determinante de la comunión eclesial- encontrará un soporte social de cohesión. Por el contrario, la parroquia -comunidad de fe- puede quedar raquílica y no crecer en comunión por causa de divisiones internas, falta de solidaridad, desencuentro de unos con otros. Si no hay fraternidad, no hay comunidad.

Si la parroquia es, en sí misma, una comunidad en la que, por razón de su extensión y amplitud, nos aseguir el encuentro y el conocimiento personal, nos encontraremos ante una comunidad de talla humana. Si, por el contrario, la parroquia abarca una gran población, lo ideal es que se estructure en comunidades más pequeñas, facilitando la intercomunicación de sus miembros. Ese es el sentido de “talla humana” que se quiere alcanzar en una parroquia revitalizada. En efecto, “dentro de algunas parroquias, sobre todo si son extensas y dispersas, las pequeñas comunidades eclesiales presentes pueden ser una ayuda notable en la formación de los cristianos, pudiendo hacer más capilar e incisiva la conciencia y la experiencia de la comunión y de la misión eclesial”¹¹⁸. Este mensaje es claramente ratificado en el Sínodo sobre la Palabra (2008) y que recoge el Papa, cuando afirma que “conviene que en la actividad pastoral se favorezca también la difusión de pequeñas comunidades, «formadas por familias o radicadas en las parroquias o vinculadas a diversos movimientos eclesiales y nuevas comunidades», en las cuales se promueva la formación, la oración y el conocimiento de la Biblia según la fe de la Iglesia”¹¹⁹. En definitiva, se pretende que la parroquia deje de ser un “colectivo” tipificado por el distanciamiento de unos respecto a los otros, por la despreocupación de los más pudientes respecto a los más necesitados, por la insensibilidad afectiva respecto a los carentes de calor humano, por las desigualdades provocativas y escandalosas, etc.

117 IV SINODO SOBRE LA CATEQUESIS (1977), Proposición 29 (cfr. “Actualidad Catequética” (1980), no 96.

118 CFL 61.

119 VD, 73

☪

Es una familia y, en cuanto tal, la urdimbre entre sus miembros ha de ser los valores de la fraternidad, la unidad, la comunicación, etc.

Hemos de ser conscientes que los rasgos característicos del “grupo” humano –de los que venimos hablando– son valores que favorecen la dimensión “comunitaria” de la Parroquia, aunque, por encima de todo, el fundamento de cohesión, unidad y comunión lo da la fe, el Espíritu, que actúa como energía vital de la comunidad¹²⁰ y “la vivifica para crecimiento de su cuerpo”¹²¹. Es, por tanto, una meta pastoral el transformar la comunidad parroquial en comunidad de talla humana, cuya alma es, sin duda, el Espíritu, y cuyo ropaje formal es la relación personalizada.

Este ideal de parroquia no es, ciertamente, punto de partida, porque el bautismo –puerta de entrada en la Iglesia– no selecciona ni tamiza estos valores de socialización, pero sí es una exigencia pastoral la educación en este sentido. Es fundamental, en todo proceso de construcción de la comunidad parroquial, el prestar atención educativa a su dimensión antropológica y social, tarea que corresponde muy directamente al pastor y, también, a la misma comunidad. Cuando San Pablo describe el cuerpo, destaca la pluralidad de miembros y la diversidad de sus funciones y, sin embargo, destaca el sentido de unidad del mismo (cfr. Rm 12, 4-6). Esa unidad y cohesión, en un contexto de pluralidad, deben constituir un objetivo

permanente de la parroquia, no sólo en el plano espiritual - comunión eclesial-, sino también como comunidad humana¹²².

El revitalizar la parroquia tiene como finalidad hacer de ella una “familia” en la que las relaciones interpersonales, fundamentadas en la fe, cristalicen en actitudes de fraternidad, de respeto a la diversidad, de acogida a los alejados, de compartir los gozos y las penas del grupo, etc. En la medida que estas actitudes afloran en la comunidad parroquial, ésta quedará enriquecida para alcanzar su pleno sentido de “comunidad eclesial”. Por el contrario, cuando estos valores humanos están lejos de la comunidad parroquial, ésta será una “comunidad de fe”, pero desencarnada, vacía de proyecto humano y social, alejada del compromiso apostólico, etc.

120 LG 12.

121 LG 8.

122 Cfr. CC 254.

53. El sentido de “talla humana”, que se aplica a la parroquia, nos debe llevar a tomar muy en serio la programación y realización de actividades que dinamice las relaciones entre los fieles. Para ello, es importante propiciar “encuentros de amistad, iniciativas para formar la fe de niños, jóvenes y adultos, peregrinaciones, obras de caridad y diversos momentos de oración”¹²³. La parroquia ha de brillar como una comunidad fortalecida por elementos de fraternidad, con sensibilidad para compartir, abierta a quienes se sienten extraños o alejados, con capacidad para el perdón y el diálogo, en definitiva, que aflore el sentido de familia.

☞

CODIGO DE DERECHO CANÓNICO

“Como regla general, la parroquia ha de ser territorial, es decir, ha de comprender a todos los fieles de un determinado territorio; ...”.(c. 518).

“El párroco es el pastor propio de la parroquia que se le confía, y ejerce la cura pastoral de la comunidad que le está encomendada bajo la autoridad del Obispo diocesano en cuyo ministerio de Cristo ha sido llamado a participar, para que en esa misma comunidad cumpla las funciones de enseñar, santificar y regir, con la cooperación también de otros presbíteros o diáconos, y con la ayuda de fieles laicos, conforme a la norma del derecho” (c. 519).

☞¹²³ SCaritatis 73.

☞A MODO DE RESUMEN

Descubrir, desde la fe, la Parroquia, supone conocer sus rasgos teológico- pastorales y jurídicos, así como su misión en medio de la gente. La Parroquia es básicamente una “comunidad” de bautizados, cuyos fieles, por el bautismo, inician el camino del seguimiento de Jesús. La

comunidad parroquial, normalmente, se identifica con los fieles de un determinado lugar, ya que se trata de una "parcelación" de la Diócesis, que preside el Obispo.

Nada más contrario a su naturaleza que el aislamiento y la independencia pastoral. Consecuentemente, el párroco, en su parroquia, actúa en nombre del Obispo, con su autoridad y haciendo sus veces, ya que ha sido puesto por el Pastor diocesano para que colabore con él en el "pastoreo" de la Iglesia particular, la Diócesis. Por eso, participa del mismo ministerio episcopal: enseñar, santificar, presidir la comunidad. Las Parroquias, al ser parte de la Diócesis, representan, en un lugar concreto, a la Iglesia toda.

Esta dimensión eclesial conlleva el ser un ámbito comunitario de transmisión, celebración y de testimonio de la fe, siendo la eucaristía dominical "fuente y cumbre de toda la vida cristiana". De ahí que la comunidad parroquial, siguiendo la "tradición apostólica", sea convocada cada domingo, "fiesta primordial", para celebrar el misterio pascual. En definitiva, "la parroquia no es principalmente una estructura, un territorio, un edificio; ella es «la familia de Dios, como una fraternidad animada por el Espíritu de unidad», es «una casa de familia, fraterna y acogedora», es la «comunidad de los fieles»¹²⁴. A ella nos incorporamos por la fe y de ella recibimos los sacramentos. La economía sacramental, de la que la parroquia es "administradora", sólo es afirmada y participada por la fe.

Revitalizar la Parroquia es descubrir en ella el misterio y la misión de la Iglesia que, en este sentido, es bien claro: "La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (kerigma-martyria), celebración de los Sacramentos (leiturgia) y servicio de la caridad (diakonia). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra"¹²⁵. De ahí que la renovación parroquial se concrete en transmitir la fe por el ministerio de la Palabra,

124 CFL 26. 125 DCE 25.

celebrar la fe en el culto y en los sacramentos, y testimoniar la fe por la caridad. Fuera de estas funciones, la Parroquia será otra cosa, pero no una comunidad cristiana. Por eso, la parroquia necesita ser purificada de toda corteza sociológica y revestirla de eclesialidad, esto es, que sea como Cristo quiere la Iglesia: "santa, comunidad de fe, esperanza y caridad"¹²⁶.

Este ideal de parroquia no es imposible, si todos los que la formamos, en unidad y comunión, y bajo la guía del Espíritu -verdadero y principal artífice-, trabajamos en su construcción. En última instancia, la parroquia será renovada si hay, por parte de los pastores y responsables pastorales, una verdadera actitud de conversión:

"El Espíritu del Señor nos llama a una «conversión pastoral» que desarrolle en el interior de las parroquias una dinámica de transformación de criterios, líneas pastorales y actitudes en los presbíteros, diáconos, religiosos, religiosas y seglares, principalmente en los responsables primeros de la acción pastoral. Esta conversión pastoral debe conducir hacia unas parroquias

concebidas como comunidad de creyentes en el Evangelio de Jesucristo, en actitud de constante conversión a Dios y al servicio liberador de los hermanos”¹²⁷.

La homilía constituye una actualización del mensaje bíblico, de modo que se lleve a los fieles a descubrir la presencia y la eficacia de la Palabra de Dios en el hoy de la propia vida. Debe apuntar a la comprensión del misterio que se celebra, invitar a la misión, disponiendo la asamblea a la profesión de fe, a la oración universal y a la liturgia eucarística... Se han de evitar homilías genéricas y abstractas, que oculten la sencillez de la Palabra de Dios, así como inútiles divagaciones que corren el riesgo de atraer la atención más sobre el predicador que sobre el corazón del mensaje evangélico.... Por eso se requiere que los predicadores tengan familiaridad y trato asiduo con el texto sagrado;[210] que se preparen para la homilía con la meditación y la oración, para que prediquen con convicción y pasión. La Asamblea sinodal ha exhortado a que se tengan presentes las siguientes preguntas: «¿Qué dicen las lecturas proclamadas? ¿Qué me dicen a mí personalmente? ¿Qué debo decir a la comunidad, teniendo en cuenta su situación concreta?». [211] El predicador tiene que «ser el primero en dejarse interpelar por la Palabra de Dios que anuncia»,...(VD 59).

126 LG 11

127 PE, Concl. 20.

PARA LA REFLEXIÓN
a. ¿Se cuidan en la parroquia los detalles que propician la unidad y la amistad? Señalar fallos significativos en este sentido.
b. ¿Se fomentan las actividades generadoras fraternidad y familiaridad, como pueden ser: asamblea parroquial, convivencias, peregrinaciones, excursiones, etc?.
c. ¿Se respira en la comunidad parroquial familiaridad, confianza, amistad, o la parroquia es, mas bien, una torre de pisos cuyos vecinos no se conocen ni se hablan?